

JOAQUIN EDWARDS BELLO

---



Tres meses en

---

---

Rio de Janeiro

---

---



— SANTIAGO DE CHILE —  
IMPRENTA "LA ILUSTRACION"  
— Calle de la Moneda, 855 a 863 —  
— 1911 —

alto vuelo, quizá tendríamos todo eso, pero lo derribamos por esa estraña manía nacional que consiste en tirar de las piernas a todo el que sube, i desde entónces hemos visto sucederse la série de presidentes-fantoches, a lo King Eduard; colocadores de primeras piedras i bebedores de champañas oficiales, que apénas si tienen tiempo para organizar los innumerables Ministerios i barajar en parte los picotazos al tesoro, esto en el mejor de los casos: cuando no salen tambien picoteadores...

Comparar ahora a nuestra querida capital con cualquiera de estas metrópolis del Atlántico sería lo mismo que comparar a Rancagua con Valparaiso...

En Rio todo es grande, todo es hermoso, todo es de primer órden: los carruajes del servicio público, los automóviles de arriendo, el pavimento de las calles, el alumbrado de la ciudad, todo es superior a cuanto uno haya visto en Europa, fuera de Londres, Paris i Berlin. Todas las calles de la ciudad, escepto pequeñísimos trechos en callejones angostos, están pavimentados con asfalto roca, tan duro i parejo como no lo han soñado aun los ediles santiaguinos al rodar en las *jaulas negras* por las mejo-

res avenidas de la capital. Porque debo decir que el llamado asfalto de Trinidad de nuestras calles principales no pasa de ser una infeliz imitacion, enemiga del sol i de la humedad, que pronto protesta de los elementos levantándose en montículos o hundiéndose en profundas cavidades. Ha sido una sorpresa para mí ver cómo, hasta los barrios mas apartados e insignificantes de esta ciudad, gozan de las delicias de un pavimento como sólo lo he visto igual en Buenos Aires, Lóndres i Berlin. Como un resultado de la bondad de este servicio municipal puede citarse el enorme desarrollo alcanzado aquí por el ciclismo i el automovilismo. Al caer la tarde las calles, inundadas de la luz que vomitan los focos eléctricos, desbordantes de automóviles de todas las marcas, que pasan anunciándose con el ronco sonar de las sirenas, recuerdan las mas brillantes arterias de las capitales europeas.

La Avenida Central equivale a los bulevares de Paris, al Regent-Street de Lóndres o al Unter den Linden de Berlin, i, como esas, se convierte en las tardes i en las noches en un Yoshiwara; en un muestrario de Vénus Paudemus

i llorar, amar i sufrir; convertidas por la tempestad humana en mariposillas de lujo destinadas a morir un dia con las alitas destrozadas en el duro colchon de un camastro de hospital.

Pobrecitas! Desempeñan el mas ingrato rol social..... son un tornillo, un perno que se pudre i se reemplaza, sin que nadie se acuerde mas, de la gran máquina humana. Por eso los grandes idealistas fueron siempre indulgentes con las desgraciadas.—¿Verdad, cortesana de Magdala?—Hablad, espíritus de Naná i Margueritte Gautier!

En Rio, como en Paris, Buenos Aires i Lóndres, las he visto pasar, sonriendo; alegrando la vista como las mariposillas en los jardines, eternas enamoradas de la luz, de lo que brilla, de lo que fatalmente ha de destrozarles las alitas.

¿A qué negarlo?—Las quiero; las amo con un amor espiritual hecho de compasion i ternura i amo estas calles de Rio de las cuales ellas son las reinas de un dia.

Las de la Avenida i la calle de Ouvidor son las mas chic; llevan *entravé*, collares de perlas i bolsitas de oro adornadas de piedras preciosas. Son francesas, polacas, italia-

nas o brasileras; en estas de primera categoría las mas abundantes son, sin duda, las francesas. Por la tarde van al Colombo o se pasean por la avenida de Beira mar en automóvil i en la noche van al biógrafo i mas tarde al High life, el gran club de juego elegante donde se hace desplumar *la haute* de Rio.

En las calles de Riachuelo, Lavradio i la plaza Tiradentes se pasean las de la mas baja galantería. Estas son casi todas polacas, negras o mulatas i van sin sombrero, ofreciéndose con descaro a los marineros i soldados que rondan por ahí en busca de placeres baratos. Sobre todo en la hermosa plaza Tiradentes el vicio se manifiesta en su forma mas grosera; puede decirse sin exajerar que, despues de las diez de la noche, dicha plaza es un prostíbulo al aire libre. No hai en toda la América del Sur un sitio que dé mas la idea de lo que son los arrabales de una cosmópolis moderna que esta plaza que recuerda a la gran Place Blanche de Montmartre, con sus múltiples luminarias, con los anuncios eléctricos multicolores de sus espectáculos i la muchedumbre que jira, danza, rie i bulle con estraño zumbido de

cosas nunca vistas. Yo tambien, no puedo negarlo, estoi vivamente interesado i siento un malsano deseo de sentir el humo acre de la pólvora i de ver estallar en el aire, a lo léjos, los shrapnels mortíferos. Sin embargo, digo muchas veces en alta voz.— ¡Qué escándalo!— ¡Qué vergüenza!

Muchos habrán pensado como yo en ocasiones parecidas pero no lo confesarán.— Yo lo digo todo: con mis libros podria presentarme ante Dios como Rousseau con sus *Confesiones*.

De pronto suena un estampido, un estrépito horrendo i vemos elevarse del «Sao Paulo», lentamente, un globo de humo blanco hácia el cielo diáfano. Se produce un movimiento en la muchedumbre; álguien, alguna mujer talvez, da un grito; todos corren apresurados, empujándose, pisándose; es una carrera loca, desenfrenada. Entónces presencio una escena única que me hace sonreir con ironía: los soldados huyen tambien i una vision de un segundo se queda grabada en mi vista: los hombres de uniforme, pálidos, temblorosos, corren retrocediendo, elevando los fusiles en lamentables actitudes de defensa hácia la cara descompuesta. Es el

ban en hacer filtros o brevajes para precaverse de malos espíritus i enfermedades, en cuya preparacion entraban sangre o aun vísceras humanas desenterradas de los cementerios. Todas estas aberraciones se hacian en nombre de la Vírjen María, de Dios i de los santos. Era un cristianismo sui-jeneris.

Mas tarde, con la abolicion de la esclavitud, que significó la ruina de las familias ricas i aristócratas i el advenimiento de una era de democracia repugnante, las muchedumbres de negros abandonaron las faenas agrícolas i se acercaron a las grandes poblaciones, viendo mas bien, en el acto humanitario del Gobierno, un hecho sobrenatural i milagroso. I la raza, que Aristóteles señaló hace miles de años como creada para servir al hombre blanco, atontada por el hecho magnánimo, entonó cánticos i compuso plegarias en honor de la santa emperatriz, la alucinada, que aun a costa de su felicidad personal i de la estabilidad de su trono, influyó en la realizacion del acto trascendental que los libraba del yugo de la esclavitud.

Entónces vino la república i con el último emperador desapareció del Brasil la

Me presentan luego despues al capitan, diciéndole:

—Es un Edwards de Valparaiso.

El estrecha mi mano i me pregunta si soi pariente de don Agustin.

—Mui lejano, señor, respondo.

El capitan da media vuelta i se va.

Yo me pongo de mal humor porque ese «¿pariente de don Agustin?» me suena como canto de chuncho; (1) lo estoi oyendo desde pequeño con una constancia tan tesonera que el tin tin tin ha llegado a serme un tintineo de lo mas antipático.

El apellido Bello *no suena ni truena*: permanece tan avergonzado al lado del retumbante *Edwards* como la estatua del bisabuelo en la plaza del Congreso al lado del pretencioso monumento erijido con el dinero de un millonario que quiso honrar la memoria de dos estadistas que favorecieron sus maquinaciones bancarias.

No filosofemos.

Me paseo por la cubierta, meditabundo i triste. Cae la tarde; empiezan a iluminarse

---

(1) Ave siniestra de los campos de Chile que produce un desagradable chirrido considerado de mal agüero.

de don Agustín. Respondo que sí, i él, mui cortés, me sirve vino tinto i hielo.

Se acerca el mozo i le pido faisán. Un señor chileno, que acaba de sentarse a mi derecha, me saluda i me pregunta que... si soi pariente de don Agustín.

Le respondo que sí i me dice, en tono amigable i confidencial, que no coma faisán porque está *pasado*. Pido entónces liebre *a la mondongo* (así dice la lista).

La orquesta empieza a atacar un trozo de música que suscita muchas discusiones: una señora gorda dice que es de Rigoletto; otra delgada, con nariz de caballete, asegura que es la Marcha de Cadiz i un alemán, mui serio, se pone de pié creyendo que es el himno nacional argentino.

La liebre *a la mondongo* tiene gusto a charquican, pero despues de rociarla con algunas gotas de una salsa roja de nombre inverosímil queda trasformada en un plato raro de gusto sabrosísimo.

¿De que Edwards es usted?—vuelve a preguntarme el chileno de mi derecha.

—Edwards Bello.

—Ah...!

Noto que cuchichea largamente con su mujer.